

Salma Lilian Ledesma Díaz ¹
Universidad Autónoma de Nuevo León

Introducción

A principios del siglo XX, el periodismo en Nuevo León alentaba el desarrollo industrial y presumía el gran funcionamiento administrativo dentro de las industrias, dando en cambio poca cobertura a las inconformidades de los trabajadores². El 11 de junio de 1922, la revista regional *Azteca*, dirigida por David Alberto Cossío y Mauricio Yáñez, reprodujo un ensayo del periodista español Benjamín Taborga (1889-1918), en el cual abordaba algunas ideas con respecto al trabajo y los oficios.

De acuerdo con Taborga, la raíz de casi todos los problemas que aquejaban a los pueblos del mundo no era la explotación o la distribución inequitativa de la riqueza, sino que tenía que ver con el buen desempeño de los oficios. Para el autor, el trabajo dignifica y justifica la vida misma y, por esa razón, según él, tanto en la Antigüedad como en la Edad Media, hasta los grandes filósofos y pensadores ejercían algún oficio. Taborga reconoce la existencia de dos clases sociales, a las que llama “los de arriba” y “los de abajo”, pero también asevera que las personas pueden alcanzar un nivel de “excelsitud social” una vez que ejercen su oficio con verdadero dominio.

Por último, Taborga argumentaba que “la dignificación de los hombres que saben su oficio” debía ser resultado de una élite aristocrática responsable de que todos los miembros de la sociedad aprendan a desenvolverse bien en sus respectivos oficios. Esta aristocracia proclamaría que “el hombre que no sabe su oficio ni se esfuerza por saberlo es indigno de figurar en una sociedad cualquiera”. Como se puede advertir, tres indicios sugieren que el artículo no afectaba los intereses de la clase capitalista y, por esta razón, se habría reproducido en la prensa regional sin ningún inconveniente: 1) la ausencia de conceptos como “lucha de clases”, “emancipación” o “explotación”, 2) el papel preponderante que el autor asigna a las élites aristocráticas, y 3) el hecho de que el ensayo concentre su atención en la ejecución de los oficios y no en la cuestión social.

El artículo de Taborga puede encontrarse en *Azteca. Revista selecta para todos*, vol. 1, no. 120, primera época, 11 de junio de 1922, p. 6, disponible para su consulta gratuita en la Hemeroteca Nacional Digital de México.

El documento

La dignidad del oficio

El problema del progreso de los pueblos es, en cierto modo, muy sencillo: se reduce al problema de que todos los hombres lleguen a saber bien su oficio. ¿Habéis pensado alguna vez en lo que sería un pueblo donde todos los hombres supieran bien su oficio? ¿Donde los industriales fuesen perfectos industriales, los profesores excelentes profesores, los políticos acabados políticos y así sucesivamente todos los gremios que integran el complejo organismo de una nación? Y por el mismo orden sería muy fácil demostrar que la mayoría de los males que agobian a los pueblos son causados exclusivamente por hombres que no saben su oficio ni tienen conciencia de la dignidad del oficio. Abundan entre nosotros esta clase de hombres, sin que para comprobarle se necesite de excesiva perspicacia. Abunda el industrial que no está al corriente de la técnica de su industria y el escritor sin humanidades y el ministro de hacienda que ignora la economía política y el profesor de literatura que no sabe griego ni latín. Y así infinitos otros que tampoco saben su oficio aunque están en potencia de ejercerle con grave daño de los demás. Pero, ¿qué es el oficio para estos hombres? Para unos, los de arriba, el oficio se convierte acaso en pedestal de relumbrón, apto para disfrutar de cierto relieve social y mundano. Para otros, los de abajo, el oficio es un tributo doloroso que se paga al cotidiano menester. Exterioridad para los primeros; necesidad para los segundos. Si el relieve mundano se juzgase superfluo, si el tributo no fuese de necesidad imperiosa, sobraría también el oficio. Es decir, sobraría lo único que es capaz, no sólo de dignificar nuestra vida sino también de justificarla; porque, en rigor, el hombre que no tiene un oficio no gana su vida: la usufructúa.

¹ Es estudiante de la licenciatura en Letras Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras.

² Bárcenas García, Felipe (2016). “Prensa y revolución en Monterrey: el surgimiento del diario *El Porvenir* (1919-1922)”, en: *Caleidoscopio*, nos. 35-36, p. 216.

³ Benjamín Taborga, “La dignidad del oficio”, disponible en: <https://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075bd7d1e63c9fea1a147>

Los antiguos y aún los hombres medievales, sintieron muy hondamente esa dignidad del oficio. En la Atenas clásica era cosa común que hasta los más esclarecidos filósofos y hombres públicos ejerciesen, privadamente, alguna profesión liberal. Sócrates era estatuario. En las admirables repúblicas italianas del Renacimiento, de organización sindicalista, nadie podía residir sin hallarse inscripto en cualquiera de los gremios o corporaciones que dividían entonces la total actividad de los ciudadanos. Y así—cuando el Dante hubo de trasladarse a Florencia donde imperaba aquel gran ejemplo de civilidad, cuéntase que tuvo que inscribirse en la categoría de los boticarios, porque Dante en su juventud había sido aprendiz de boticario. Hoy mismo parece que supervive tan noble tradición en las cortes imperiales de Alemania. Íntimos de aquellas cortes refieren que el kaiser es un encuadernador excelente. Nuestro juicio sobre muchos soberanos sería, en el transcurso de la historia, más indulgente, si de ellos, como del kaiser, pudiéramos decir que fueron excelentes encuadernadores.

Claro que en tales casos no se da al término de oficio la latitud, la extensión que nosotros le damos. Según la comprensión moderna del término, el verdadero oficio de Sócrates era enseñar filosofía a los atenienses, el de Dante escribir la Divina Comedia, del kaiser atender a la organización y progreso de su pueblo.

Ahora, resulta fácil establecer en nuestro medio que los hombres que mejor saben su oficio son, precisamente, los colocados en las zonas más inferiores del plano jerárquico a que antes se aludió. Si es cosa de milagro encontrar por ahí el profesor que domina su materia, el jefe de repartición compenetrado con los intereses cedidos a su custodia, el escritor que siente el peso de las responsabilidades intelectuales y morales que como escritor tiene, en cambio, no lo es tanto dar con el industrial o el agricultor o el obrero o el simple peón que verdaderamente saben su oficio y que por saberlo bien y consagrarse a él en cuerpo y alma se alzan sobre un nivel de excelsitud social infinitamente superior al de los primeros. Sin embargo, las gentes no lo piensan así: y al desdén que muestran por los hombres modestos que saben su oficio corresponde en éstos una actitud de aquiescencia, de resignación. Ellos no tienen conciencia de la dignidad que les confiere el saber bien su oficio. Si la tuviesen, pasaría junto a los otros con más orgullo que el emperador de las Indias, junto a los esclavos de su real séquito. Y no reclamaran los fueros de esa dignidad por la misma razón que los esclavos no fueron los primeros en reclamar la suya de hombres. La manumisión vino cuando alguien libre que sentía vivamente los derechos inalienables de la persona humana proclamó el crimen de la esclavitud. La dignificación de los hombres que saben su oficio, comienzo de una era renovadora para las sociedades modernas, tiene que venir cuando exista una aristocracia gobernante encargada de procurar que en cada ciudadano de la nación haya un hombre que sepa su oficio; de proclamar que el hombre que no sabe su oficio ni se esfuerza por saberle es indigno de figurar en una sociedad cualquiera. Sociedad es sinónimo de colaboración. El destino de cada hombre es tomar parte en esa obra de colaboración común hacia el acrecentamiento de los bienes materiales y culturales de la Humanidad; y tomar parte en ella equivale, simplemente, a tener un oficio, a saberle bien y desempeñarle con aquel renovado celo que da la medida de su dignidad.

Benjamín Taborga

FUENTES DE INFORMACIÓN

Bibliografía

Bárcenas García, Felipe (2016). “Prensa y revolución en Monterrey: el surgimiento del diario El Porvenir (1919-1922)”, en: *Caleidoscopio*, nos. 35-36.

Fuentes electrónicas

Benjamín Taborga (1922). “La dignidad del oficio”, en: *Hemeroteca Nacional de México*. [En línea; consultado el 25 de agosto de 2025]. Disponible en: <https://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075bd7d1e63c9fea1a147>

La dignidad del oficio

EL problema del progreso de los pueblos es, en cierto modo, muy sencillo: se reduce al problema de que todos los hombres lleguen a saber bien su oficio. ¿Habéis pensado alguna vez en lo que sería un pueblo donde todos los hombres supieran bien su oficio? ¿Donde los industriales fuesen perfectos industriales, los profesores excelentes profesores, los políticos acabados políticos y así sucesivamente todos los gremios que integran el complejo organismo de una nación? Y por el mismo orden sería muy fácil demostrar que la mayoría de los males que agobian a los pueblos son causados exclusivamente por hombres que no saben su oficio ni tienen conciencia de la dignidad del oficio. Abundan entre nosotros esta clase de hombres, sin que para comprobarle se necesite de excesiva perspicacia. Abunda el industrial que no está al corriente de la técnica de su industria y el escritor sin humanidades y el ministro de hacienda que ignora la economía política y el profesor de literatura que no sabe griego ni latín. Y así infinitos otros que tampoco saben su oficio aunque están en potencia de ejercerle con grave daño de los demás. Pero, ¿qué es el oficio para estos hombres? Para unos, los de arriba, el oficio se convierte acaso en pedestal de relumbrón, apto para disfrutar de cierto relieve social y mundano. Para otros, los de abajo, el oficio es tributo doloroso que se paga al cotidiano menester. Exterioridad para los primeros; necesidad para los segundos. Si el relieve mundano se juzgase superfluo, si el tributo no fuese de necesidad imperiosa, sobraría también el oficio. Es decir, sobraría lo único que es capaz, no sólo de dignificar nuestra vida sino también de justificarla; porque, en rigor, el hombre que no tiene un oficio no gana su vida: la usufructúa.

Los antiguos y aún los hombres medievales, sintieron muy hondamente esa dignidad del oficio. En la Atenas clásica era cosa común que hasta los más esclarecidos filósofos y hombres públicos ejerciesen, privadamente, alguna profesión liberal. Sócrates era estatuario. En las admirables repúblicas italianas del Renacimiento, de organización sindicalista, nadie podía residir sin hallarse inscripto en cualquiera de los gremios o corporaciones que dividían entonces la total actividad de los ciudadanos. Y así—cuando el Dante hubo de trasladarse a Florencia donde imperaba aquel grande ejemplo de civilidad, cuéntase que tuvo que inscribirse en la categoría de los boticarios, porque Dante en su juventud había sido aprendiz de boticario. Hoy mismo parece que supervive tan noble tradición en las cortes imperiales de Alemania. Intimos de aquellas cortes refieren que el kaiser es un encuadernador excelente. Nuestro juicio sobre mu-

chos soberanos sería, en el transcurso de la historia, más indulgente, si de ellos, como del kaiser, pudiéramos decir que fueron excelentes encuadernadores.

Claro que en tales casos no se dá al término de oficio la latitud, la extensión que nosotros le damos. Según la comprensión moderada del término, el verdadero oficio de Sócrates era enseñar filosofía a los atenienses, el de Dante escribir la Divina Comedia, del kaiser atender a la organización y progreso de su pueblo.

Ahora, resulta fácil establecer en nuestro medio que los hombres que mejor saben su oficio son, precisamente, los colocados en la zonas mas inferiores del plano jerárquico a que antes se aludió. Si es cosa de milagro encontrar por ahí el profesor que domina su materia, el jefe de repartición compenetrado con los intereses cedidos a su custodia, el escritor que siente el peso de las responsabilidades intelectuales y morales que como escritor tiene, en cambio, no lo es tanto dar con el industrial o el agricultor o el obrero o el simple peón que verdaderamente saben su oficio y que por saberlo bien y consagrarse a él en cuerpo y alma se alzan sobre un nivel de excelencia social infinitamente superior al de los primeros. Sin embargo, las gentes no lo piensan así; y al desdén que muestran por los hombres modestos que saben su oficio corresponde en éstos una actitud de aquiescencia, de resignación. Ellos no tienen conciencia de la dignidad que les confiere el saber bien su oficio. Si la tuviesen, pasaría junto a los otros con más orgullo que el emperador de las Indias, junto a los esclavos de su real séquito. Y no reclamaran los fueros de esa dignidad por la misma razón que los esclavos no fueron los primeros en reclamar la suya de hombres. La manumisión vino cuando alguien libre que sentía vivamente los derechos inalienables de la persona humana proclamó el crimen de la esclavitud. La dignificación de los hombres que saben su oficio, comienzo de una era renovadora para las sociedades modernas, tiene que venir cuando exista una aristocracia gobernante encargada de procurar que en cada ciudadano de la nación haya un hombre que sepa su oficio; de proclamar que el hombre que no sabe su oficio ni se esfuerza por saberle es indigno de figurar en una sociedad cualquiera. Sociedad es sinónimo de colaboración. El destino de cada hombre es tomar parte en esa obra de colaboración común hacia el acrecentamiento de los bienes materiales y culturales de la Humanidad; y tomar parte en ella equivale, simplemente, a tener un oficio, a saberle bien y desempeñarle con aquel renovado celo que da la medida de su dignidad.

B E N J A M I N T A B O R G A